

Lo cierto es que la debilidad de los guardias nacionales de orden y las vacilaciones de los alcaldes de París agravaron la situación ¡ay! tristemente. Una resolución suprema en aquellos momentos salva á Francia, y ahoga la Comunidad revolucionaria en su cuna. París, salvándose á sí mismo, salva la libertad y la República; su influjo en el mundo, sus títulos á la capitalidad moral de esta grande é infortunada nacion, que la necesita como necesita el cuerpo humano su cerebro.

Pero la debilidad, las transacciones, los convenios inútiles, los distingos sutiles, todos los procedimientos seguidos, toda la conducta observada por los que tenían el deber de salvar á París, agravó la revolucion, y consiguió que una sorpresa inesperada se convirtiera en un verdadero gobierno. El rompimiento quedó declarado, y la peor de las calamidades cayó sobre Francia, la guerra civil despues de la guerra extranjera.

CAPITULO XCIII.

LAS ELECCIONES.

Por fin el 24 de Marzo publicó el gobierno revolucionario de París la alocucion siguiente: «Considerando que la situacion precaria de la ciudad se agrava de dia en dia, y que á toda costa es necesario conservar la República; que los jefes superiores, continuando los yerros de lo pasado han traído por su inacción las cosas al estado de hoy; que la reaccion monárquica ha impedido por el motin y la mentira las elecciones, único medio de constituir un poder legal en París; la Comision central decreta: 1.º Los poderes militares de París son entregados á los delegados Brunel, Eudes y Duval. 2.º Tienen el título de generales, y obrarán de comun acuerdo hasta la llegada de Garibaldi, aclamado por todos como general en jefe. Valor, valor, y los traidores serán burlados.» Los electores fueron seguidamente convocados para el dia 23 de Marzo. No quedaba, pues, medio alguno de transaccion y de concordia. La revolucion aparecia triunfante; la Comunidad fundada. París habia caído de nuevo en el abismo de la guerra.

B.

Era el domingo 26 de Marzo. Las elecciones para la Comunidad de París se celebraban tranquilamente; concluida toda concordia, muerta toda esperanza de pacto. La prensa decidida por la autoridad y por el orden dentro de la República escribió una protesta negando á la Comision central facultades para reunir los electores y proponiendo el retraimiento. La Comision central, sin curarse mucho de tales protestas, publicó sus instrucciones electorales con una especie de recomendacion moral acerca de las dotes y calidades que debian reunir los candidatos. Lo primero que necesitaban era pertenecer á la escuela socialista para formar de un golpe en el molde de su conciencia con la masa candente y fundida por la alta temperatura de las revoluciones una nueva sociedad toda entera. Despues de esta doctrina política necesitaban tambien la modestia personal. Solamente debian ser elegidos aquellos que no lo solicitaran como se suele en los conventos. Y si eran completamente desconocidos mucho mejor. Francamente, esto de

151

los desconocidos tiene gracia en una sociedad democrática y en una capital de dos millones de almas. La diferencia esencial entre las instituciones democráticas y las instituciones monárquicas estriba quizás en esto; en que entregáis bajo el dominio de las unas vuestra suerte, la custodia de vuestros intereses y de vuestros derechos, á príncipe nacido lejos de vosotros, en las alturas inaccesibles de un trono, en los misterios de un palacio, sin saber si será un héroe como Carlos V ó un imbécil como Carlos II; mientras que bajo el dominio de las otras vuestros mandatarios son vuestros iguales, conocidos de vosotros, designados por vosotros, hechura vuestra, puesto que no poneis su nombre en una urna para cualquiera de las magistraturas nacionales sin amarlo de todo corazón, sin preferirlo por cualquier motivo; y no podéis amarlo y preferirlo sin conocerlo, sin que sus méritos y sus servicios hayan penetrado por la admiración ó por la gratitud en vuestro pecho y en vuestra conciencia. Pero aun prescindiendo de esto, venid aquí, gobernantes improvisados de una ciudad en delirio, ¿no veis la dificultad material de elegir ciudadanos desconocidos en poblaciones inmensas? ¿Pues cuántos votos necesitaba cada uno de vuestros elegidos? Por lo ménos diez ó doce mil. ¿Y cómo obtendrá diez ó doce mil votos un nombre ignorado de todos? Parece imposible que la demencia, una enfermedad de los individuos, se suba también á la cabeza de las sociedades.

Aquellos hombres con su recomendación de los desconocidos querían realmente justificar su gobierno anónimo, su gobierno de sorpresa, sus nombres oscuros. Los grandes guías de los Estados han de brillar como las estrellas, guías de los navegantes, ó con luz propia, ó con la luz que reciban del sol, pero han de brillar mucho. Las gentes han de conocerlos por sus méritos y por sus obras; han de saber su vida y su historia. Así acontece en Suiza, así en América. Es verdad que un

leñador como Lincoln, y un sastre como Johnson llegan á la primera magistratura de la primera nación del Nuevo Mundo. Pero también es verdad que ese leñador y ese sastre se han distinguido entre sus compañeros; han comenzado su carrera en la escuela de las magistraturas políticas, en el municipio, y sobre la sede primera de la justicia, sobre su asiento del Jurado; han ido luego en virtud de sus méritos y en alas de su fama al Congreso legislativo de su Estado, donde han ejercitado sus facultades altísimas de legisladores y de políticos; desde allí han ascendido por sus propios méritos y por el voto de sus conciudadanos al Congreso nacional ó al Senado, donde han logrado herir la atención de todo el pueblo y captarse por sus palabras ó por sus actos el voto público; y después de esta penosa ascension, después de estas lentas y necesarias transformaciones, con una grande autoridad propia y una profunda confianza de los suyos, han podido posesionarse del sitio más elevado moralmente de la tierra, del capitolio de Washington, y han podido ejercer la primera y la más honrosa de todas las dignidades humanas, la presidencia de una gran República.

Pero estos revolucionarios de nuestros cafés y nuestras tabernas, que sólo sienten ciegos odio, y sólo se adiestran diariamente en la murmuración; políticos improvisados que desconocen tanto la ciencia como la práctica del gobierno, y se distinguen por injurias punibles y declamaciones vacías en los clubs; elevados á las alturas en uno de esos sacudimientos tan profundos y tan perturbadores como las erupciones ó los terremotos, pero al cabo tan fugaces y transitorios, no pueden realmente guiar á una sociedad sin precipitarla en los profundísimos abismos donde se pierden todas las libertades y se engendran todas las dictaduras. Así necesitaban para justificarse de su increíble fortuna erigirse en apologistas de lo desconocido, en hijos naturales de los misterios y de las sombras.

Muchas excitaciones conjuraron á ir á la elección; y muchos programas salieron á luz. Una parte de los diputados de París convenían ya en que, no habiendo medio de evitar la guerra civil, sino ceder la palabra á las urnas, hablaran las urnas. Otra parte de los alcaldes, resentidos por la acogida que les diera la Asamblea, incitaban también á las elecciones. El extravagante pero sublime fanático Flourens hablaba por su cuenta y pedía la elección como si fuera su personalidad sola un poder formidable. Los internacionalistas lanzaban su sacramental palabra de solidaridad, y pedían un gobierno de casta, un gobierno compuesto solamente de trabajadores, clase en su sentir únicamente limpia y libre de todos los pecados políticos y sociales con que se deshonrarán las demás clases. En este gran tumulto, en el coro de estas proclamas ruidosas, perdíanse naturalmente las protestas de la prensa y los consejos de abstención.

París, sin embargo, no estaba entonces, no, en la plenitud de su población. Tras cinco meses de cerco, las gentes acomodadas habían huido en pos de reposo á sus fatigas, de consuelo á sus penas, de aire puro á sus pulmones en las delicias del campo tan gratas á los parisienses, que en cuanto pueden, levantan una quinta, para pasar los domingos á lo ménos en verdaderas églogas, sobre la alfombra de la yerba, y bajo los festones de la yedra, oyendo el arrullo de la paloma y de la tórtola, el susurro de los arroyos, el tintín de la esquila del ganado, sobre todo, en los meses en que estalló y creció la revolución socialista, en los meses de la feliz y alegre primavera. A esta emigración natural se unía la numerosa emigración de los tímidos y recelosos, que después de haber pasado por el sitio y el bombardeo de la guerra extranjera, no querían pasar por el sitio y el bombardeo de la guerra civil. Luego venían los muchos enemigos de la Comunidad y los muchos amigos del gobierno que trasladaban sus pe-

nates fuera del radio donde ejercía su autoridad la dictadura revolucionaria. A todos estos uníanse también los retraídos por consejo de una parte considerable de la prensa. Así es que las elecciones de la Comunidad fueron desanimadas si el estado normal de París se atiende; y animadas si se atiende á la disminución natural de París después de los últimos sucesos y de las desgracias del sitio. La Comunidad decidió que no fueran válidos sino los nombramientos mantenidos por una octava parte de los electores inscritos. Y luego tuvo que romper su propia legalidad para legitimar nombramientos faltos del número exigido de sufragios.

Grande multitud en las calles; mayor en los paseos el día veintiseis de Marzo. El sol derrama sus rayos por todas partes, y con sus rayos el calor de la primavera, que invita á la vida y al goce de la vida. Así es que la naturaleza con su hermosura distrae de las preocupaciones políticas indefectiblemente sombrías. A las puertas de algunos colegios se agolpan los electores en tanto número, que hacen como hoy se dice en el dialecto de los teatros, una larga cola. Hay tal confianza en la conservación del orden público, tal seguridad de su regular cumplimiento y observancia, que las mujeres, vestidas ya de primavera, aguardan á las puertas de los colegios el regreso de sus maridos; y los niños saltan sobre sus cuerdas preguntando con grande insistencia qué es la Comunidad revolucionaria; alegría sin ninguna sombra y ninguna nube, como si la colectividad jamás presintiera los desastres.

Si os entregáis á escuchar los coloquios de las gentes, oireis cosas extrañas y donosísimas. Unos discutirán con los cocheros que emancipados de las antiguas tarifas, piden cinco francos por carrera, y diez francos si la carrera termina en algún colegio electoral. Otros controvierten el tema de la influencia de los comuneros sobre los internacionalistas, ó de los internacionalistas sobre los comu-

ros. De pronto os habla persona á quien no conocéis, y os ruega que le sirvais de testigo para validar su derecho electoral, como que basta con el testimonio hablado de dos personas, aunque sean desconocidas. Hay quien se alaba de haber votado en compañía de dos amigos lo ménos en cuatro colegios. Los cafés rebosan de gentes, las aceras de farsantes, los arroyos de titiriteros; multitud de mujeres vestidas de fiesta cruzan por todas partes en compañía de garibaldinos, cuyas blusas rojas resaltan entre los trajes primaverales, según chusco decir, como las amapolas entre los trigos. Las estafetas corren de un lado á otro, llevando los resultados parciales de las votaciones. Los voceadores de los periódicos gritan: «Pedid la gran conspiración del enano Thiers contra la República.» «Pedid: los crímenes y locuras de la Asamblea de Versalles.» «Pedid las instrucciones para las mujeres que quieren casarse.» En medio de este universal aquelarre, suenan y resuenan los nombres de los elegidos; y sólo se oye esta pregunta: ¿Sabeis quiénes son?

El día veintiocho de Marzo verificase la toma de posesión de la Comunidad de París en la plaza que precede al palacio del pueblo, al consistorio parisiense, á la Casa de la Ciudad. Todo es notable: la innumerable muchedumbre que desemboca por las boca-calles; los batallones de la Guardia nacional por cuyas bayonetas se rompe la luz en otras tantas estrellas de penetrantes rayos; el edificio del Consistorio con sus estriadas columnas y sus numerosas esculturas ornado de colgaduras carmesíes recamadas de áureas franjas; el

gran tablado circuido todo él de sillones, y en su fondo realzado por un fuste de jaspeada columna sobre el cual se levanta el busto de la República, con su gorro frigio; por los balcones y las ventanas multitud de espectadores que se avalanzan casi fuera de su centro de gravedad y se sustentan en peligroso equilibrio como si quisieran devorar hasta en sus menores minuciosidades la ceremonia; en el tablado los nuevos magistrados de París, vestidos unos de negro, otros de uniforme y cruzados todos con sus bandas rojas; los emisarios, los correos, los servidores de la Comunidad que pasan rápidos en vistosos caballos haciendo evoluciones dignas de un circo ecuestre; el desfile de los soldados del pueblo con sus varias y ruidosas músicas á la cabeza de las diversas secciones; las banderas de vivísimos colores que flotan al aire cargado ya con los primeros suspiros de Abril, los coros de cincuenta mil voces que entonan á una la Marsellesa y que recuerdan en sus acentos los días épicos de la primera revolución y los combates legendarios en que triunfara de sus régios enemigos la santa libertad; el estruendo de las aclamaciones de una inmensa multitud resonando como la voz sublime del Océano y el estampido del cañón agrandado en largos truenos por el eco y que parece la voz rugiente de las nubes y los sublimes chasquidos de los rayos; y sobre todo, como el fondo negro en que resalta esta imprevisora alegría, las sombras de la revolución y el lejano relampagueo de la guerra. Pero aquella ceremonia indicaba que la Comunidad de París podía creerse ya constituida y triunfante.

CAPITULO XCIV.

LOS ELEGIDOS.

Tarea verdaderamente dificultosa el estudiarlos y conocerlos. Desde la ortografía de sus nombres hasta las particularidades de sus vidas, todo yace en el más profundo misterio. Todo parecía un secreto de esfinge que quiere la historia moderna reservarse como para burlar el orgullo del hombre, pagado de conocer los tiempos remotos á pesar de que apenas conoce los sucesos ocurridos á su vista y en su propio tiempo. Cuántas disputas sobre el origen, el oficio, la fé de estos hombres que se han gloriado de personificar la idea más avanzada y de dirigir la ciudad más culta de nuestra Europa. Cuántas noticias contradictorias encontramos en los periódicos y en los libros de aquellos días. Lo único de cierto que podemos apuntar es su filiación á todos los descontentos, á todos los desengaños, á todos los vociferadores, á todos los clubistas, que de antiguo habían jurado implacable enemistad á los moderados de nuestro partido y querido una República socialista y roja.

El primer distrito, á pesar de las muchas

abstenciones, dió la victoria á los republicanos conservadores presentados por los alcaldes en ejercicio; y los republicanos conservadores dimitieron inmediatamente sus puestos, ora porque no reconocieran la legitimidad de la convocatoria, ora porque no esperaran detener el torrente. Igual fenómeno se verificó en el segundo distrito. Eran estos electores los que reprobaron el pronunciamiento, los que resistieron á la Comisión central, los armados á favor del gobierno, y que abrazaban la abstención por no haber encontrado en Versalles el necesario arrimo.

Ya en el tercer distrito aparecían otros tipos que mostraban verdadero cambio en el clima social como Demay, de cincuenta años, llamado por su alta estatura, por sus largas melenas, por su blanca barba, por sus profundos ojos el Duos de la Comunidad; como Arnaud, empleado de los ferro-carriles, secretario de doctrinas sobrenaturales, absorto en el iluminismo de sus extravagantes ideas, en política socialista intransigente, en la vida comun magnetizador inspirado; como Pindy,